

262.52
7148 X.E
1966
C.1

TEO
CGE
d

KARL RAHNER

EL CONCILIO NUEVO COMIENZO

Conferencia a propósito de la clausura
del concilio Vaticano II,
el 12 de diciembre de 1965, en Munich

9/2/96

343538

BIBLIOTECA - TEOLOGIA
SISTEMA DE BIBLIOTECAS
PONTIFICIA U.C. DE CHILE

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1966

Versión castellana de ALEJANDRO ESTEBAN LATOR ROS, de la obra
KARL RAHNER, *Das Konzil - ein neuer Beginn*,
Verlag Herder KG, Friburgo de Brisgovia 1966

NIHIL OBSTAT: El censor, DR. ANTONIO BRIVA, Canónigo

IMPRIMASE: Barcelona, 18 de abril de 1966

DR. JUAN SERRA PUIG, Vicario General

Por mandato de su Excia. Rvdma.

ALEJANDRO PECH, pbro., Canciller Secretario

© Editorial Herder S. A., Barcelona (España) 1966

ES PROPIEDAD

DEPÓSITO LEGAL: B.18.195-1966

PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Torres Amat, 9 - Barcelona

EL CONCILIO HA TERMINADO. Cada vez que llega a su término alguna cosa buena, se detiene uno con satisfacción, al mismo tiempo que, con extrañeza, cierta inquietud y preocupación ante el misterio de la historia, se pregunta: ¿Qué ha sucedido en realidad? ¿Qué va a suceder ahora? Así también, al final del concilio nos preguntamos: ¿Qué ha sucedido? ¿En qué punto nos hallamos? ¿Qué hay que esperar?

I

¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha habido? Un concilio de la santa Iglesia católica romana. ¿Ha estado la Iglesia a la altura de esta hora que le había sido otorgada por Dios? Si preguntamos así y respondemos afirmativamente, esta respuesta no significa sino una obligación de dar gracias a Dios por su bondad, con la mente y con el corazón. En efecto, haber estado a la altura de esta hora, haberla superado, es una vez más pura bondad y gracia de Dios. ¿Qué ha habido, pues? Un concilio. Este mero hecho tiene ya no poca importancia. Cierto que hoy es todavía difícil decir si también en el futuro se podrá proyectar y poner eficazmente en práctica el principio sinodal y colegial de la Iglesia precisamente en la forma de este y de anteriores concilios, o si el recién fundado consejo episcopal — en el caso de que no se limite a proceder en forma meramente consultiva — desempeñará su quehacer — ahora ya casi imposible de llevar técnicamente a término en la forma de anteriores concilios — y, sin embargo, será

un concilio en cuanto a su esencia teológica y hasta se reunirá con relativa frecuencia.

Sin embargo, el que este concilio haya sido un hecho, el que durante largo tiempo haya constituido el centro del acontecer eclesiástico y haya osado ocuparse de cuestiones cruciales, esto solo tiene ya enorme importancia teológica para la idea que la Iglesia se forma de sí misma en la teoría y en la práctica. En efecto, se ha manifestado que el principio colegial y sinodal de la Iglesia — no obstante tener ésta su cabeza en el sumo pontificado — no deja de ser una magnitud de poder real en la Iglesia, que ha vuelto a salir más claramente a la luz si eventualmente se había oscurecido.

El concilio ha mostrado que la Iglesia, en la misteriosa unidad de estructura personal y colegial — garantizada en el fondo únicamente por el Espíritu de Dios —, representa una magnitud de derecho constitucional que no se puede comparar con todas las demás formas sociales profanas, posibles y existentes. Por eso es un misterio de fe que desborda toda democracia y todos los sistemas autoritarios, con su respectiva problemática. Y hasta podríamos preguntarnos si esta forma de actuación conciliar no podrá incluso tener importancia para el futuro profano, como problema y como última meta, aun en el sentido de política social, cuando la sociedad masiva del mañana se pregunte cómo se pueden conciliar en ella la libertad y la unidad.

Ha habido un concilio: una asamblea constituida que ha mostrado su propia iniciativa, múltiple, es-

pontánea y libre; iniciativa que se ha puesto en práctica y que ha sido respetada incluso por el primado de la Iglesia, el cual, si bien ha intervenido como cabeza, conforme a la concepción de la fe católica, sin embargo, se ha guardado de rebajar a la comunidad de sus hermanos en el episcopado al nivel de una asamblea que se limitara a asentir con aplauso a sus proposiciones. Precisamente según la concepción de la fe católica, la colaboración entre el papa y el concilio no se puede institucionalizar adecuadamente en meras formas jurídicas de procedimiento, por lo cual ha dado lugar inevitablemente a momentos y acontecimientos dolorosos y turbios. Así se pone de manifiesto, tanto en el acontecer mismo como en el resultado, que la Iglesia, no sólo en teoría, sino también cuando obra en concreto, no se rige a sí misma, sino que, por encima de toda administración, es guiada por el Espíritu, y que así se mantiene una, en la imprevisible pluralidad de sus estructuras personales y colegiales, gracias al milagro del Espíritu y no en virtud de la letra sola.

Ha habido un concilio en libertad y caridad. Ciertamente, ha obrado con la libertad que en todos los miembros del concilio se sabe ligada a la inquebrantable confesión de Dios, de Jesucristo, de su gracia, como también al dogma, que, aunque invariable, puede la Iglesia profundizarlo, aumentando así la inteligencia de la fe. Ha sido, sí, un concilio con libertad. Ciertamente, yo mismo he podido husmear en casi todas las trastiendas del concilio. Conozco lo humano, las flaquezas, las limitaciones,

las presunciones y cosas por el estilo que se dan allí donde los hombres no dejan de ser hombres y precisamente como tales hacen la obra de Dios. Pero puedo dar fe de que hubo realmente libertad, una libertad con la que por todas partes se procuraba servir a la causa de Dios, a la verdad y a la caridad. Quien no puede ver esto en su adversario demuestra, por el hecho mismo, su propia estrechez de miras y su partidismo, cosa que puede darse aun en un vanguardista, ya que la providencia de Dios reparte con benigna sonrisa casi por igual en todas las direcciones la virtud y la miseria humanas.

Pero lo que verdaderamente asombra y maravilla, en el sentido de la historia del espíritu en este concilio celebrado en libertad, es que en medio de esta libertad se pudo llegar a una aserción común y a una decisión común. No puede decirse que esto ocurra con frecuencia en nuestros días. En todas partes, y hasta en el campo de la teología, se puede observar hoy con consternación que la libertad es disolvente y que una obra poderosa de pensamiento o de acción sólo puede llevarse a cabo a fuerza de brazos. El concilio ha mostrado que, mediante la gracia de Dios, no ha de suceder necesariamente así. Naturalmente, en algunos momentos esta unidad y libertad no se han alcanzado sin largos y laboriosos esfuerzos; incluso ha sido preciso dejar pendientes algunas cuestiones o zanjar algún problema a base de lo que a primera vista podría parecer un compromiso. Pero, al fin y al cabo, se ha realizado efectivamente verdadera unidad con auténtica libertad.

Por ello me gustaría invitar a los críticos escépticos del concilio, dentro y fuera de la Iglesia, a que se preguntaran, antes de permitirse cualquier crítica, en qué otro lugar es posible todavía hoy tal unidad en medio de la libertad en el ejercicio del pensar y de la convicción, incluso en la dimensión de las Iglesias y de sus teologías. Nos hallamos ante un fenómeno de la historia del espíritu que no se puede explicar únicamente por los presupuestos «ideológicos» y «sociológicos» de la Iglesia, en cuanto son asequibles a la experiencia. Se ha patentizado el hecho de que en la Iglesia la unidad y la fidelidad a su propia historia no deben petrificarse, degenerando en un inmovilismo rígido, y que la libertad del pensar no degenera necesariamente en confusión y en pura palabrería.

Ha habido un concilio católico romano. La fe de esta Iglesia, nuestra fe, fue la ley y el centro de este concilio. Quien hubiera esperado otra cosa, quien hubiera creído que en el concilio había de ponerse todo en tela de juicio, que se tenía que aspirar a una unidad sin compromiso, que el dogma del pasado se había de sacrificar a la opinión corriente y fácilmente variable del hombre de la calle, en lugar de alcanzar la universalidad que le es propia, partiendo de su propio espíritu dentro de nuestra inteligencia de la fe; quien con esta actitud, decimos, hubiera enfocado el concilio, se habría formado desde un principio una idea errónea de un concilio de nuestra Iglesia. Así pues, si alguien se extraña de que no haya «salido» — como se dice — del concilio

lo que él esperaba, a nosotros no tiene por qué extrañarnos. Este concilio ha sido, incluso en esta misma catolicidad y en una medida inconcebible todavía poco antes de celebrarse, un concilio de responsabilidad ecuménica. Y esto no sólo porque se hallaban presentes y desempeñaban un papel efectivo los observadores de las otras Iglesias y comunidades cristianas, porque hay un decreto sobre el ecumenismo, porque, a las antiguas controversias teológicas que impiden la realización de la unidad de todos los cristianos (a las que, si no podemos cerrar los ojos, no es por obstinación, sino por deber que nos impone la fe), se guardó de añadir otras nuevas evitando formular decisiones de fe definitivamente obligatorias. Ni tampoco se manifestó este espíritu ecuménico sencillamente porque en todas las declaraciones se puso constantemente empeño en tener presentes a los cristianos no católicos y su propia teología — en cuanto se pudo lograr esto sin traicionar la propia convicción de fe —, sino porque el concilio amplió con gran ahínco su propia inteligencia explícita de la fe hasta la dimensión del diálogo con otros cristianos, expresando en nueva forma y con claridad verdades cuya importancia para una teología ecuménica del futuro no se puede apreciar todavía. Me refiero, por ejemplo, a aserciones sobre el principio sinodal en la Iglesia, sobre la importancia de lo carismático en la misma, sobre la comunidad local en cuanto Iglesia, sobre la posibilidad de salvación de los no cristianos, sobre la «jerarquía», es decir, la diferente importancia de

las verdades de fe incluso definidas, sobre la Escritura, a la que sirven la Iglesia y el magisterio, sobre el sacerdocio universal, sobre el pluralismo de teologías con igualdad de derechos en una misma Iglesia, sobre la libertad personal de la fe, sobre la importancia y el derecho de una teología histórica crítica, sobre la falsedad de la teoría de una moral y santidad de dos pisos, una superior y otra inferior, en la Iglesia, sobre la importancia del culto y de la liturgia, etc.

Este concilio ha sido además, sin duda alguna, el que más ha trabajado entre todos los concilios habidos hasta ahora. Un concilio que ha abordado tan grandes quehaceres y una temática tan importante como no lo había hecho concilio alguno. No hay que objetar que esto es debido a las posibilidades técnicas de hoy día, en comparación con las de otros concilios. Ciertamente que ya en el tiempo de la preparación del concilio se había trabajado a fondo, mucho y de muchas maneras, quizá demasiadas. Pero, si se tienen presentes las ideas que acerca del desarrollo del concilio se formaban no pocos círculos, incluso romanos, se comprenderá el sentido de la frase que acabamos de formular. En efecto, se creía que el concilio sólo tendría que codificar algunas ideas en forma algo más solemne que antes, y que el trabajo propiamente dicho estaba ya hecho antes de que comenzase el concilio. Pero no fue así. Sería falta de visión y desagrado rebajar lo que realmente se efectuó, como si careciera de valor. Se volvió a trabajar de nuevo desde la base. Eviden-

temente, hubo que practicar una selección y limitar temáticamente los quehaceres del concilio, y no se puede negar que, en medio de la tarea llevada efectivamente a cabo, hubo de dejarse algo al azar por lo que hace a la inclusión o exclusión de temas. Pero esta asamblea de la Iglesia universal, aun teniendo en cuenta esta restricción, se aplicó, más que ningún concilio del pasado, a un conjunto de tareas que en gran manera coinciden con el quehacer mismo de la Iglesia. Para hacernos cargo de ello, basta dar una ojeada a los temas del concilio ordenándolos sistemáticamente:

1. *La idea fundamental que la Iglesia tiene de sí misma:* en la constitución eclesial *Lumen gentium*.
2. *La vida interna de la Iglesia:*
 - a) su *munus sanctificandi*, o sea la liturgia: en la constitución *De sacra liturgia*;
 - b) su *munus regendi*: en el decreto sobre los obispos *De pastoralis episcoporum munere in ecclesia* y en el decreto sobre las Iglesias católicas orientales;
 - c) su *munus docendi*: en la constitución dogmática sobre la divina revelación (con las páginas dedicadas a la Escritura, tradición y magisterio) y en la declaración sobre la educación cristiana;
 - d) sus estados: en los decretos sobre los sacerdotes, su ministerio, su vida, y también su

formación; en el decreto sobre la oportuna renovación de la vida religiosa y en el decreto sobre el apostolado de los laicos.

3. *La misión de la Iglesia al exterior:*

- a) su relación con la cristiandad no católica: en el Decreto sobre el ecumenismo y en el decreto sobre las Iglesias orientales (católicas);
- b) su relación con los no cristianos: en la declaración sobre las religiones no cristianas (comprendidos los judíos) y en el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia;
- c) su relación con la actual situación profana del mundo en general: en la constitución pastoral *Sobre la Iglesia en el mundo de hoy* y en el decreto sobre los medios de comunicación social;
- d) finalmente, su relación con el pluralismo ideológico de la actualidad: en particular, en la declaración *Sobre la libertad religiosa*.

Dando un vistazo a esta temática, se puede afirmar que la Iglesia se ha planteado lo mejor que ha podido los problemas con que se enfrenta hoy día; que los planteamientos que en un principio parecían muy dispersos se han agrupado formando verdadera unidad. Esta temática no se puede atribuir a un movimiento de introversión de la Iglesia. Ciertamente en todas estas notificaciones habla de sí misma, pero en sus palabras se refleja la preocupación acerca de

la manera como ella misma puede servir a Dios, al hombre, al mundo y a su historia. Para terminar, diremos con toda claridad, una vez más, que este concilio ha sido la primera asamblea eclesiástica tan ecuménica, que se la puede llamar un concilio de la liturgia y un concilio de las misiones.

II

Y ahora..., ahora ¿qué? ¿Se puede afirmar que la Iglesia ha llevado a cabo el *aggiornamento* que había fijado como tarea del concilio? ¿Se puede decir que ahora, con nuevas fuerzas juveniles y con nuevos ánimos, puede enfrentarse con el vasto y desconocido futuro que, lleno de promesas y de amenazas mortales, le sale al paso como el futuro de la humanidad una, con su número inmenso, su automanipulación activa, su superior organización social, su técnica racionalizada y automatizada, sus fines extraterrestres? Pues bien, esto no se puede ni se debe decir. Nada sería más peligroso que semejante entusiasmo. El concilio ha puesto las bases para el *aggiornamento*, para la renovación, y hasta para la penitencia y conversión que se impone constantemente: es el comienzo del comienzo. Y esto no es poco. De todos modos, es sólo el comienzo del comienzo. Todo, casi todo es todavía letra, de la que puede brotar espíritu y vida, servicio, fe y esperanza, pero no brotará espontáneamente. La

Iglesia ha reconocido un quehacer que todavía debe cumplirse. Y esta Iglesia somos todos nosotros.

Comienzo del comienzo. ¿Para qué? Naturalmente, como se había dicho siempre y se había vivido siempre, para ir a Jesucristo, ayer, hoy y por toda la eternidad, para su gracia, que es la sola que salva y abre el acceso al Dios vivo. Pero comienzo del comienzo en tal forma que Jesucristo y su Iglesia entran realmente en contacto con este tiempo de hoy y de mañana. Por consiguiente, comienzo del comienzo de una Iglesia de la indebida y gratuita gracia de Dios, de una Iglesia de nuestro Señor y Salvador, de una Iglesia de la palabra de Dios, de la fraternidad, de la esperanza, de la caridad humilde y del servicio, del gozo en el Espíritu Santo; de una caridad que supera toda pura legalidad, para una Iglesia que ve concretársele su propio ser más profundo y su propia tarea en función de las ansias secretas y de la miseria de la época, que por esto mismo aprende cuando enseña, recibe cuando da, domina cuando se limita a servir; principio, por tanto, de una Iglesia que existía ya, pero que constantemente empieza por el hecho de volverse siempre de nuevo a su único origen, que es también el comienzo y el Señor de la historia universal, por quien la Iglesia se deja guiar hacia el futuro. Para que de este comienzo resulte un principio real y concreto, hay todavía mucho que hacer, casi todo está por hacer.

Las instrucciones de la constitución sobre la liturgia deben convertirse todavía en formas concretas de

culto, y luego en vida concreta de oración de la Iglesia, en adoración de Dios en espíritu y en verdad. Ahora es cuando debe comenzar realmente el diálogo ecuménico, paciente, humilde, animoso, esperanzado y valiente. Todavía no existen los diáconos, cuya existencia en la Iglesia el concilio ha hecho de nuevo posible. Todavía ha de mostrar el consejo episcopal que puede realizar de hecho en forma nueva y viva el principio personal y sinodal en la Iglesia. Todavía deben codificarse las prometidas reformas de la curia romana, y sobre todo deben convertirse en algo realmente vivo. Todavía harán falta largos años de trabajo hasta que se haya creado el nuevo derecho canónico que responda al espíritu y a la letra de este concilio. Todas las sabias y animosas normas sobre la educación de los seminaristas, sobre la acción sacerdotal y la acción de los obispos, sobre el colegio episcopal, deben concretarse jurídicamente y, sobre todo, deben cobrar vitalidad en la práctica de la Iglesia. La vida religiosa no está renovada porque exista un decreto en este sentido; el laico, sostenido por su sacerdocio, por su mayor edad, su responsabilidad y la conciencia cristiana de su misión, no vive ya por el mero hecho de que en el documento del concilio se digan sobre esto cosas «edificantes», desde luego, en el mejor sentido de la Escritura. La Sagrada Escritura no se ha convertido ya en el libro de la vida en el corazón del hombre y en el culto de la parroquia, por el mero hecho de que en el concilio se entronizaran cada día los Evangelios y porque, aparte

numerosas indicaciones de detalle, exista una constitución que ensalza la importancia de la Escritura en la vida de la Iglesia. El impulso misionero de la Iglesia en la sobria y dura práctica de la vida, en la que, por ejemplo, los obispos deben desprenderse de sacerdotes que ellos mismos necesitan, o se ha de dar desinteresadamente mucho dinero con la preocupación de si se emplea racionalmente..., de modo que la voluntad misionera no se identifica con el decreto sobre las misiones. El directorio para el trabajo ecuménico está todavía por elaborar; todavía deben crearse los estatutos de las diferentes conferencias episcopales; el decreto sobre la formación de los futuros sacerdotes debe ser adaptado por los obispos a las condiciones regionales; deben cumplirse todavía otras muchas decisiones conciliares mediante las conferencias episcopales; el trabajo sobre el derecho canónico oriental, que había sido comenzado ya bajo Pío XII, debe entrar en los nuevos carriles del concilio. Difíciles cuestiones particulares que se habían anunciado ya y que en parte, por su urgencia, se han sacado a plaza una y otra vez como criterio del éxito del concilio — como las cuestiones relativas a los matrimonios mixtos, a la moral conyugal, a la penitencia en la Iglesia, a las indulgencias, etc. —, están todavía por resolver. Los nuevos secretariados para los no cristianos, los incrédulos, y otros que sin duda se crearán todavía, han de demostrar que no son hipertrofias burocráticas nacidas conforme a la ley de Parkinson. Las Iglesias católicas orientales deben comenzar por mostrar que

tienen voluntad y energía para una propia actividad misionera, y la Iglesia latina debe todavía demostrar que no considera y trata a estas Iglesias como meros objetos venerables de museo legados por el pasado. En muchos casos debe la Iglesia todavía comenzar por aprender a conceder la debida libertad, a manejar su poder social con humildad y modestia, a ser más abierta y generosa, más paciente y tolerante con todos, de lo que con frecuencia otros son con ella misma. Ahora debe la Iglesia entablar diálogo con el mundo, con sus ansias, posibilidades y peligros mortales; diálogo que se ha propuesto en la constitución pastoral sobre su relación con el mundo y para el que sólo ha creado un «esquema» general y anticipante. Puede y debe decirse sin ambages que en algún punto de su obra conciliar — que por ser obra del Espíritu Santo no deja de ser obra humana, incompleta y mero comienzo —, ha enfocado determinados problemas según aspectos que responden más a su pasado que a su futuro, como se echa de ver, por ejemplo, en los decretos sobre los medios de comunicación y sobre las escuelas católicas. Todavía habrá de mostrarse cómo la doctrina sobre una *communicatio in sacris*, posible ya desde ahora, concebida fundamentalmente en términos de generosidad, puede, no obstante las necesarias restricciones, aplicarse realmente sacando de ella prácticamente todo el partido posible.

El diálogo con el ateísmo de nuestros días y con la crisis de fe de nuestro tiempo, declarado necesario por la constitución sobre la Iglesia en el mundo

de hoy, debe, pues, practicarse efectivamente. La bella idea de que una Iglesia episcopal debe ayudar a otra verdaderamente y de hecho, debe todavía realizarse en tal forma que no se reduzca todo a un gesto piadoso que no perjudique a la propia Iglesia ni aproveche a la otra. Tales cosas y otras muchas, muchísimas, están todavía por hacer, son una tarea que no ha llevado a cabo el concilio, sino que la ha impuesto a la Iglesia por haberle sido encargada a ésta por Dios. En términos generales, todavía debe elaborarse una teología que sea realmente digna del Vaticano II y del quehacer planteado por él. No porque la teología de hoy no sea buena, sino porque debe ser mejor, porque debe penetrar más radicalmente con sus preguntas en la profundidad de Dios y en nuestro futuro si quiere servir a la predicación de la Iglesia de mañana. Ciertamente que ahora, después del concilio, comenzará una asidua y diligente labor teológica de reflexión sobre los textos del concilio, para comentarlos e ilustrarlos históricamente. Esto será bueno y es necesario. Pero la teología postconciliar no sería digna del concilio si se limitara a llevar a cabo esta tarea considerándola como su quehacer capital. Le incumben cuestiones muy diferentes, que no han sido ni podían ser tema inmediato del concilio: las viejas cuestiones, que siguen siendo las más nuevas y deben adoptar una forma propia de la época. Cómo se puede hablar de Dios y de su existencia en medio de la existencia del hombre, de modo que tales palabras hallen eco en el hombre de hoy y de mañana; cómo se puede hablar

de Cristo en medio de una ideología evolutiva, de modo que la palabra de Dios-hombre y de la encarnación del Verbo eterno en Jesús de Nazaret no suene como un mito que no se puede ya creer seriamente; cómo se relacionan con la escatología cristiana los proyectos e ideologías humanas acerca del futuro; cómo, en el *eskhaton* de la redención ya habida, se puede preservar al hombre de caer en la actitud del hombre veterotestamentario, que temía verse en el reino de los muertos, alejado del Dios de la vida; cómo el amor de Dios y del prójimo forman siempre una unidad absoluta, siempre según el sentido de la época; es incomprensible e impracticable un amor sin el otro, sobre todo desde que Dios, por Cristo, se halla en el hombre y nosotros, propiamente, sólo podemos hallarlo así; cómo y por qué, habiendo casi dominado el hombre el ámbito de su existencia, subsiste la cruz, a la que está clavado el hombre; cómo la muerte y la esperanza constituyen el único clarear de la vida eterna en las permanentes tinieblas de la existencia. Éstas y otras cuestiones análogas, antiguas y a la vez radicalmente nuevas y nunca resueltas, son las cuestiones de una teología del mañana que quiera ser digna de este concilio. Por mi parte, opino que sólo si las teologías de todas las confesiones cristianas vuelven a enfrentarse en común con estas cuestiones y no se limitan a seguir discutiendo los viejos problemas de controversia teológica (aunque éstos tampoco deben descuidarse), practicarán verdaderamente teología ecuménica y se acercarán más entre sí.

Indudablemente, el concilio se ha planteado tareas y temas que — conforme a las posibilidades concretas de que dispone por el momento la Iglesia — no podrían ser mayores. Pero, en comparación con el quehacer que se ha de plantear a la Iglesia en los próximos decenios, todas estas cuestiones no son en realidad más que un comienzo, una preparación remota y un primer equipamiento para esta tarea que se nos echa encima.

En efecto, el futuro no preguntará a la Iglesia por los detalles exactos de la constitución de la Iglesia, por la estructuración más exacta y bella de la liturgia, ni tampoco por las doctrinas teológicas controvertidas que distinguen la doctrina católica de la doctrina de los cristianos no católicos; ni por un régimen más o menos ideal de la curia romana. Preguntará si la Iglesia puede atestiguar la proximidad orientadora del misterio inefable que llamamos Dios, y esto en forma tan convincente, que el hombre de la era de la técnica y de la unidad del mundo, el hombre que se hace a sí mismo objeto de su propia acción y construye su mundo ambiente conforme a sus propias leyes, pueda experimentar este misterio inefable incluso como algo que se impone en su propia vida.

Estos temas no podían ser temas inmediatos del último concilio, y quizá no pueden siquiera ser tema de un concilio. Pero son la tarea de la Iglesia del futuro, ya que fueron siempre, o debieron ser, la tarea esencial del cristianismo. Y por esta razón las respuestas y soluciones del pasado concilio no po-

dían ser sino un comienzo muy remoto del quehacer de la Iglesia del futuro. Así enfocados, los trabajos y el resultado de este concilio no quedan rebajados, sino que, precisamente así, adquieren un significado incalculable.

El *aggiornamento* que prepara la Iglesia no es un empeño por dar a la Iglesia una configuración más simpática y vistosa, sino un primer equipamiento que arranca desde muy atrás, con el fin de hacer frente al problema de vida o muerte del mañana. Este concilio no es sino un comienzo, incluso en esta perspectiva.

En todo caso, podemos afirmar que, en general, sería un tremendo error y una terrible ceguera de los corazones — y no deja de ser un peligro real, del que ni siquiera la Iglesia imperecedera debe creerse preservada de antemano — pensar que después del concilio se puede, en el fondo, seguir obrando como antes, ya que lo que en él se ha dicho, decidido y enseñado, o bien se había practicado ya siempre, o sólo afecta a cosas marginales sin trascendencia; o que, finalmente, sólo encierra ideales piadosos, que uno se repite en forma edificante para su propia justificación, pero que, por lo demás, se quedan en el papel, que todo lo soporta con paciencia. Es evidente que la Iglesia debe permanecer fiel a su propia esencia y — entendiéndolo bien — también a su pasado. No todo va a cambiar y a mejorar desde mañana. La santa Iglesia será también en el futuro la Iglesia de los pobres pecadores, como somos todos: la *ecclesia semper reformanda in capite*

et in membris. Ciertamente que todavía pasará mucho tiempo hasta que la Iglesia, que ha sido agraciada por Dios con un concilio Vaticano II, sea la Iglesia del concilio Vaticano II. Análogamente, pasaron algunas generaciones después del concilio de Trento hasta que la Iglesia fue una Iglesia de la reforma tridentina. Pero esto no quita nada de la enorme y tremenda responsabilidad que con este concilio nos hemos impuesto todos los que constituimos la Iglesia: la responsabilidad de hacer lo que hemos dicho, de llegar a ser lo que hemos reconocido — e incluso confesado ante el mundo entero — que somos; de hacer de las palabras hechos, de las leyes espíritu, de las formas litúrgicas verdadera oración, de las ideas realidad. Para ello sólo ha podido el concilio poner el comienzo del comienzo. Es incalculable el significado de esto. Pero pesaría una rigurosa sentencia sobre pastores y grey, sobre todos nosotros, si confundiéramos palabras y hechos, comienzo y fin. En el concilio hemos caminado — como en otro tiempo Elías — por un vasto desierto y nos hemos ido acercando al santo monte de Dios. Si después de ello nos sentimos fatigados, soñolientos y hastiados, y queremos reposar — también como Elías — a la sombra de la retama de un triunfalismo conciliar, entonces es posible, deseable y hasta inevitable que el ángel de Dios se sirva de los tremendos peligros y tormentos de nuestra época, de persecuciones, de apostasías y dolores del corazón y del espíritu, para despertarnos de nuestro sueño: «Levántate..., que todavía te queda mucho camino» (1 Reg 19, 7).

III

Sé muy bien que a los prudentes y sesudos con ribetes de escepticismo, al oír tales palabras, les asaltarán un sentimiento de amargura y desazón: pensarán que todo lo que acabamos de decir no pasa de ser buenas palabras con que queremos paliar nuestra desesperación y olvidar la irremediable miseria crónica de la existencia e incluso de la Iglesia. Ciertamente que sería necedad y candidez pensar que, en este mundo y a través de los tiempos, la Iglesia deje de ser alguna vez una peregrina fatigada, deje de ser la Iglesia de los pecadores, de los débiles y de los afligidos, para convertirse en la soberana y esposa sin mancha, visible en su esplendor incluso a los ojos de los que miran con incredulidad. Toda renovación, todo progreso de la Iglesia quedará una y otra vez como devorado por la experiencia de las tribulaciones de la historia, por la decepción acerca de nosotros mismos, que al fin y al cabo somos la Iglesia, a la que, por tanto, experimentaremos como nos experimentamos necesariamente a nosotros mis-

mos, si somos verdaderamente sinceros en nuestro interior. Constantemente tocamos la sinfonía inacabada de la gloria de Dios y nunca pasamos del ensayo general. Pero no por ello es vano, no por ello carece de sentido todo esfuerzo, toda reforma, siempre inconclusa e inconcluible. Es sencillamente la tarea de los criados, que «siembran con lágrimas» a fin de que Dios coseche, la tarea que sólo la esperanza cristiana puede desempeñar contra toda esperanza, porque sólo ella sabe por la fe que la derrota aceptada de nosotros mismos continúa el triunfo de Dios en el leño de la cruz. Finalmente — y esto es quizá lo último y lo más importante —, todo lo eclesiástico, es decir, todo lo institucional, todo lo jurídico, todo lo sacramental, toda palabra, toda actividad en la Iglesia y, por consiguiente, también toda reforma de lo eclesiástico, es, en último término y en última intención — supuesto que se entienda como es debido y no se convierta en un ídolo —, puro servicio, mera disponibilidad y ayuda para algo muy distinto, algo muy sencillo y, precisamente por ello, increíblemente difícil y consolador a la vez: para la fe, la esperanza y la caridad en los corazones de todos los hombres.

Sucede aquí — para utilizar un ejemplo sumamente profano — como en la obtención del radio. Hay que hurgar en una tonelada de pechblenda para obtener 0,14 gramos de radio, y aun así vale la pena. Todo quehacer eclesiástico, en cuanto tal, todo gobernar, hablar, teologizar, reformar; toda enseñanza y toda afirmación de sí mismo en medio de la socie-

dad actual — pese al gigantesco aparato, esfuerzo, lujo de medios, movimiento y trajín, siempre inevitables — no es sino algo así como la explotación de inmensas cantidades de pechblenda para que en nuestros corazones — y, a fin de cuentas, sólo en ellos — se obtenga un poquito del radio de la fe, esperanza y caridad.

En efecto, el concilio y todo el inmenso y necesario trabajo postconciliar de reforma no son sino servicio y preparación. Este servicio no apunta en definitiva a la afirmación de la Iglesia en el futuro, sino que, en el concilio y después del concilio, tiene por meta la verdadera infinitud del hombre y, ante todo, el advenimiento del reino de Dios; lo que persigue sencillamente es: fe, esperanza y caridad. Frente a esta cosa tan sencilla e infinita a la vez, que desde el comienzo de la historia vive en el corazón del hombre y es a su vez el sentido mismo de toda historia y el verdadero contenido de su rendimiento y de la eternidad, frente a esto, decimos, es absolutamente secundario todo lo que ha tenido lugar en el concilio y todo lo que de él resulte. Toda teología, aun la más sutil, todo dogma, todo derecho canónico, toda adaptación y toda repulsa por parte de la Iglesia, toda institución, todo ministerio, con todos sus poderes, toda sagrada liturgia y toda animosa misión, no tienen sino este único fin: la fe, la esperanza y la caridad, el amor de Dios y de los hombres. Todos los demás planes y acciones de la Iglesia serían absurdos y perversos si trataran de sustraerse a este quehacer y buscarse únicamente a sí mismos. Tam-

e, con fe, espe-
rí mismo y se
contrario, sería
fiento del hom-
concilio se le
hora permane-
estas tres; pero

s ha puesto en
tado del conci-
nos lo ha im-
l ministerio del
y más humilde
ce más pura y
sin él, la pala-
ramentos; si el
mayor diligen-
a la cruz de su
ojos más claros
uno con más
ose con la gra-
a amar más a
mente más por
ón y lograr un
hay cristianos
roz o el cuchi-
clases; si unos
preguntan más
n más abierta-
es aprovecha a
ncilio su verda-

dero sentido, su único sentido, a fin de cuentas. Ciertamente que este éxito desaparece en el silencioso misterio de Dios, único que puede calibrar los corazones y las obras. Pero la Iglesia debe tener el valor de aceptar la contradicción de no poder acreditar hasta lo último su misión. De lo contrario, no sería lo que es y lo que debe ser de nuevo cada día.

¿Era necesario a este objeto un concilio? Sí, era necesario un concilio. En efecto, este increíble prodigio de la existencia humana, que silenciosamente se hunde en las tinieblas de la eterna luz, ha de verificarse necesariamente en la comunidad fraternal de la Iglesia. En ella deben decirse unos a otros, y todos deben decir en ella: Escucha la palabra de Dios, mira la cruz, recibe el cuerpo del Señor, que se entregó por ti y por todos; ve, sé cristiano, sé uno que cree, que espera, que ama. Si en los próximos decenios se viera la Iglesia mejor regida, si se celebrara la liturgia en forma más bella, si surgiera una teología más sagaz y penetrante, si se creara un derecho más claro, si se lograra mayor influjo social, pero no hubiera más fe, más esperanza y más caridad, todo ello sería en vano. Se amontonarían pechblendas y escorias, pero no se obtendría radio. Ahora bien, de nosotros depende, de cada uno de nosotros, de cada uno en la vida cotidiana y en la última decisión solitaria de la conciencia, realizar este sentido del concilio sólo por la gracia de Dios y en la libertad de los hijos de Dios. Quiera darnos Dios para ello su gracia.

bién un concilio busca el corazón que, con fe, esperanza y caridad, se desprende de sí mismo y se entrega al misterio de Dios. De lo contrario, sería una horrible comedia y un endiosamiento del hombre o de la Iglesia. También a un concilio se le aplican las palabras de san Pablo: Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de todas es la caridad.

Ahora la benignidad de Dios nos ha puesto en la mano este verdadero y único resultado del concilio y de toda reforma postconciliar; nos lo ha impuesto como una tarea a realizar. Si el ministerio del obispo es servicio, servicio humilde y más humilde que hasta ahora; si el sacerdote ofrece más pura y más desinteresadamente, con éxito o sin él, la palabra de Dios y la gracia de los sacramentos; si el seglar censura menos y colabora con mayor diligencia; si todos llevan con más paciencia la cruz de su existencia, viendo en las tinieblas con ojos más claros la luz de la fe, reconociéndose cada uno con más sinceridad pecador, aunque consolándose con la gracia de Dios; si cada uno comienza a amar más a Dios; si cada uno se esfuerza diariamente más por vencer el egoísmo de su duro corazón y lograr un amor del prójimo algo más activo; si hay cristianos que no apoyan el griterío brutal y feroz o el cuchicheo de un egoísmo nacionalista o de clases; si unos cuantos hombres y mujeres cristianos preguntan más claramente en la vida pública y dicen más abiertamente lo que es justo, y no lo que les aprovecha a ellos, entonces habrá realizado el concilio su verda-

dero sentido, su único sentido, a fin de cuentas. Ciertamente que este éxito desaparece en el silencioso misterio de Dios, único que puede calibrar los corazones y las obras. Pero la Iglesia debe tener el valor de aceptar la contradicción de no poder acreditar hasta lo último su misión. De lo contrario, no sería lo que es y lo que debe ser de nuevo cada día.

¿Era necesario a este objeto un concilio? Sí, era necesario un concilio. En efecto, este increíble prodigio de la existencia humana, que silenciosamente se hunde en las tinieblas de la eterna luz, ha de verificarse necesariamente en la comunidad fraternal de la Iglesia. En ella deben decirse unos a otros, y todos deben decir en ella: Escucha la palabra de Dios, mira la cruz, recibe el cuerpo del Señor, que se entregó por ti y por todos; ve, sé cristiano, sé uno que cree, que espera, que ama. Si en los próximos decenios se viera la Iglesia mejor regida, si se celebrara la liturgia en forma más bella, si surgiera una teología más sagaz y penetrante, si se creara un derecho más claro, si se lograra mayor influjo social, pero no hubiera más fe, más esperanza y más caridad, todo ello sería en vano. Se amontonarían pechblendas y escorias, pero no se obtendría radio. Ahora bien, de nosotros depende, de cada uno de nosotros, de cada uno en la vida cotidiana y en la última decisión solitaria de la conciencia, realizar este sentido del concilio sólo por la gracia de Dios y en la libertad de los hijos de Dios. Quiera darnos Dios para ello su gracia.